

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LV

MADRID, 28 DE AGOSTO DE 1921

NÚM. 19.522

CUENTISTAS ESPAÑOLES EL BUEN JUEZ

Los doctores

El ministro tomó un volante que le alargaba el secretario. ¡Las visitas! —¡Qué atrocidad! No puedo. Pero ¡si hay más de treinta! Y son ya cerca de las dos.

Repasó con dolor, haciendo visajes, reclamando, manoteando:

—Horrible... Obispos, generales, senadores... Sí, bueno. Todo lo que usted quiera... ¿Y tiempo? Nada, nada. Sal tú. Discúlpame. Que me ha llamado el presidente. Que... lo que sea. Quitámelos de encima, ¿oyes?

De pronto se fijó, aterrado:

—Pero, ¿está aquí la Comisión técnica? Hombre, eres un cebollino. ¿No sabes que contra esa no hay pretextos que valgan?

—Como tenías que ir al Ritz...

—¡Qué Ritz, ni Ritz! ¡Lleva mucho esperando! Pues sí que están los tiempos... Que pase; pero como las balas.

El secretario abrió la puerta y salió, volviendo a cerrar. El antedespacho hervía de gente.

—Señores...—dijo, como en un discurso.

Silencio. Cansas agolpadas y anhelantes. Algún tosido, provocando miradas fieras. ¡Ejem! Y la disculpa humilde, sujetándose la garganta. «Estos catarros...»

—Señores—repitió el secretario—, el señor ministro lo sienta con toda su alma. Pero lo llama con urgencia el presidente... Los señores de la Comisión técnica, ¿tienen la bondad?

Desencanto. Protestas a media voz. Vueltas a los sombreros entre las manos.

Algún malicioso, escamado: «¡El presidente, sí! ¡Con corsé y moño!»

Y el portero mayor, orondo, con entorchados en la bocamanga: «¡Nunca me mal pensadu, hombre. Es que llevamos unos días...»

Penetró en el despacho la Comisión técnica. Saludos, parabienes, medias palabras.

—Nosotros. A felicitar a vuecencia... Disciplina... Comprenderá... Mejoras...

—Encantado. Las simpatías del Gobierno... Dentro del orden...

Un viejecillo de caricatura—cabezón, desdentado, con anchos quevedos y pantalones estrechísimos—estaba, como jefe, en el centro del corte. A cada frase del ministro le hablaba al oído a un compañero. «Cuchuchú... Cuchuchú...»

El ministro, mortificado, le interrogó:

—¿Decía usted?

Y el hombrecillo, con aplomo, planteó elocuentemente el problema:

—La justicia, el más sólido cimiento social, se cuarteja, se resquebraja. El ambiente es tan corrosivo, que ataca los principios eficientes, como un ácido los metales. ¿Qué hacemos los representantes de la justicia? ¿Seguimos defendiendo e imponiendo un criterio de delincuencia anticuado, vacío, sin lazos con la sociedad? Nos faltará la opinión pública. ¿Nos atenemos, por el contrario, a la opinión pública? Nos faltará el espíritu de la ley... Este, señor ministro, es el problema. No problema profesio-

nal, sino nacional. O se modifican las leyes, conforme a la conciencia social, o se modifica la conciencia social conforme a las leyes...

El ministro, distraído, fastidiado, comentaba de cuando en cuando con su muletilla: «Exactamente... Exactamente.»

muerden con ferocidad increíble. ¿Dónde está, pues, la independencia judicial? Rogamos al señor ministro que nos oriente...

Frunció el ministro el entrecejo, tomó notas, se dio cuenta de la necesidad de hacer un discurso, y largó uno de los



—La opinión—siguió el hombrecillo—anda soliviantada: estos días con el caso de nuestro digno compañero el juez señor Roso.

—¡Ah, sí! Roso—exclamó su excelencia, incierto.

—Nuestro digno compañero Roso, dentro de su jurisdicción moral y legal, ha puesto en libertad a varios detenidos. La Prensa, el Parlamento, las calles, se han dividido en dos bandos terribles. Unos, le ensalzan a las nubes. Otros, le

de «balancín»: una de cal y otra de arena. Que vería, que estudiaría, que lo arreglaría...

Luego miró el reloj y pidió mil perdones. El presidente lo esperaba...

La plebe

Por los pasillos de la Casa de Cánovas, estrujándose, va y viene el oleaje de curiales, de camareros, de guardias. Ante cada relatoría se agolpa un grupo.

Mujeres de mantón, chulos de gorra y con pelliza, usureros, ganchos, celestinas. A veces, la bandeja en alto, un camarero deja paso a una cupletista escandalosa. Salen y entran a declarar tipos de ficha antropométrica. Se oye la voz sumisa de los ujieres:

—El señor presidente.

—El señor magistrado.

—El señor juez.

Y las gentes, sobresaltadas, ven un birrete y una toga esfumándose en la penumbra.

En un banco, desalentada, sin lágrimas, de llorar tanto, una joven esconde entre el pañuelo su angustia. Junto a ella, en pie, el bastón debajo del brazo, un hombre cincuentón, lleno de chirlos, enciende la colilla de un puro.

—¡Ay, padre! ¡Me condenarán!

—Que te crees tú eso. De aquí salimos para el merendero de Cipriano. ¡Mía ésta!

—¡Ay, padre! Ese señor no va a venir...

—Cacho prima, si está arreglándolo. Di que t'ha caído en suerte un padre que ni Yodí Jorge...

—¿Y si no lo arreglase?

—¡Ja, ja, ja! ¡Mírame aquí! Aquí, a este ojo guiñado... Ahora, que conforme te digo una cosa, te digo veinte. Nosotros saldremos de aquí libres y sin costas. Pero a ese sinvergüenza... A ese sinvergüenza l'ha caído la lotería de Hamburgo. Ya viene «ese señor», como tú dices. Ahora verás: pentipotencianlo primero.

Acercóse un mozo, entre artesano y señorito, trayendo un rollo de papeles.

—¿Qué?—preguntó con ansiedad el hombre del puro.

—Usted no sabe. ¡He trabajado más que en las minas! Pero, en fin...

—¿Arreglado?

—Arreglado. Un sobreesimiento como una casa. Algo más de gratificación. Total, nada: tres duros.

—¿Entonces?

—Cuestión de un cuarto de hora. Les llamarán a ustedes. Y oíto con lo que se dice. Ella, negar, negar y negar. Y si echa unas lagrimitas, mejor...

—Va a llorar más que un borracho. ¡Palabra!

—Pues hasta luego. Y enhorabuena.

Al despedirse, el hombre del puro destrozó en manos del mozo un billete.

—Vaya, «ahí van esos cinco». Y gracias por todo.

Y volviéndose a su hija, le susurró al oído:

—Un padre que ni Yodí George...

El buen juez

En plena juventud, Emilio Roso era un prestigio de la toga. Su fina sensibilidad, gran cultura y temple de ánimo le habían conquistado una autoridad envidiable.

Espíritu de rectitud y probidad, no era un producto fisiológico, sino reflexivo. Lejos de la sensiblería enfermiza y del estoicismo roqueño, se había situado en

las zonas, flexibles y clementes, de la evolución. Su órbita profesional se dilataba más allá de los códigos y decretos, abarcando las ciencias antropométricas con brazos de investigador y entusiasmos de apóstol.

Recién salido de las aulas, la aureola de Magnaud, «el buen juez», le atraía irresistiblemente. Todo el viejo determinismo de Lombroso le parecía un atentado a la dignidad, no ya del hombre, sino de la creación.

Le indignaba pensar que hubiese criminales natos, como hay sordomudos y ciegos, por fatalidad, o como hay locos y tuberculosos, por herencia. Creía que el delito no es un producto natural, sino social.

Afirmaba el progreso de las leyes como el de la electricidad o el de la mecánica. Llegaba a formular la delincuencia como una imperfección de las leyes. Sostenía la diáfana proporción jurídica: «La delincuencia es a las leyes como la fiebre es al febrífugo.»

Y como no era un soñador, sino un carácter; ni un ambicioso, sino un religioso; ni un autodidacto, sino un hombre de estudio y observación, aplicaba rotundamente sus doctrinas, encontrando, en la mayoría de los casos, razones para libertar al delincuente.

Primero en Juzgados mostrencos, donde Cristo dió las tres voces; luego, en pueblos más importantes; más tarde, en capitales de provincia, y al fin, en Madrid, el renombre de Emilio Roso fué destacando su prestigio hasta alcanzar la popularidad con el apelativo de «El buen juez».

Enemigo de la lenidad, castigaba en los casos claros y evidentes. Pero amigo de la psicología, de la reflexión, de la investigación, por ardua que fuese, solía hallar luces en las sombras y brújula en las tempestades.

Puntual, como de costumbre, llegó a la Casa de Canónigos, después del almuerzo. Eran las doce cuando su compañero saliente le entregó la guardia, mientras fumaban un pitillo.

—Nada. Menudencias. Riñas, hurtos, escándalos. Un desacato a la autoridad. Menudencias. Chico, no me han dejado un minuto. No he pegado los ojos. Me caigo.

—Pues anda, hombre, márchate a descansar.

—Vaya, adiós. Buena guardia.

—Adiós.

A poco, el escribano, el alguacil, el relator. Papeles. Firmas. Un poco de charla.

—¿Sabe usía, señor juez? Dentro de un mes se nos va la Audiencia. Las obras adelantan mucho.

—¿Caray! ¿Tan pronto? ¿Usted cree? Me ha dicho el señor Fúnez que hoy...

—Hoy, poca cosa, señor juez. Borrachos, pendejas...

—Bueno, hombre. Más vale así.

—¡Ah! Y una... bueno, ya me entiendo usía... Está llorando desde las diez de la mañana. ¡Qué barbaridad! Lo de siempre: líos, chulos. Las amenazan... y el delito.

—Bien. Que pase esa Magdalena.

Entró dando berridos. —¡Ay, señor juez de mi alma! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ayyyy!

—Vamos, vamos, mujer. Serénese. Siéntese.

—¡Ay, señor juez de mi alma; qué infamia más grandel!

Intervino, airado, el alguacil.

—¡A callar! ¡Ha dicho el señor juez que a callar!

Calló, aterrada. Miró al padre, en demanda de instrucciones. El padre, recordando las del curial, arrugó los ojos y los chirlos, como llorando. Ella, entonces, volvió desenfrenada al berrido.

—¡Ay, señor juez, que me...!

—Chus...—hizo el señor juez, con naturalidad tan enérgica, que la llorona se calló de golpe.

—Vamos a ver. Si me dice usted la ver-

dad, va usted de aquí a la calle. Si me miente, va usted a la cárcel. Hable. Diga.

Sollozando, entre hipo, dijo la verdad.

Servía en casa de don Fulano. Estaban muy contentos con ella. Pero un día, Indalecio, un oficial estuquista...

—Un chulo carpanta, señor juez—interrumpió el padre.

—Chus...—volvió a ordenar el señor juez. —¿Qué hizo Indalecio? ¡La verdad!

—Pues me... Pues le... ¡Ay, señor juez, que me da mucha vergüenza! Pues va y me... para que yo... Y yo, pues... las seis cucharas de plata... Y se las doy.

Y él las toma... Y el señor me denuncia a la Comisaría. Y van y le registran su casa. Y viene y dice al señor juez que él no ha sido. Que he sido yo. Que él creía que las cucharas de plata eran mías y que yo se las regalaba. Y que a saber de lo que eran, que no las toma... Y eso ha sido...

Viendo que remataba sin llantos, el padre hizo otra grima, y la hija, dándose cuenta, rompió en gritos.

—¡Ay, señor juez! ¡Ay, qué infamia tan grande!

El padre, aprovechando que el juez callaba, aseguró indignado:

—¡Granuja! ¡Golfo! ¡A una! creatura así, señor juez!...

El señor juez tocó la campanilla, y dijo: —No ha lugar. Despejen.

El alguacil y un guardia los sacaron a empujones. El padre, aturrullado, preguntaba: —Pero, ¿qué ha dicho? Hombre, yo creo que hay derecho. ¿Qué ha dicho?

—No ha lugar.

—¡Ay, padre! ¿Lo ve usted? ¿Lo ve usted?

Minutos después, el señor juez decretaba el «no haber lugar».

El padre y la hija abrazaron al alguacil.

—¿Te lo dije? Ni Yodi George. ¡Al mendero de Cipriano! Arrea...

El alguacil, tras felicitarles, dijo, guardando la propina:

—Claro que han tenido la suerte de que esté de guardia «el buen juez». Esto lo coge otro y va usted a la Galera, en arresto mayor. Ahora, con el «buen juez»...

—«El buen juez» —gruñía el padre— «El buen juez» son mis treinta duros. ¡Mí el golilla!...

Y se despidió de este modo:

—Oiga, alguacil. Con que «el buen juez»... Míreme aquí, a este ojo guñiao...

Cristóbal de CASTRO

IMPRESIONES DE UN LECTOR

TRES NOVELAS DE H. CATÁ

Bajo el título—desconcertante y sarcástico—de *La Voluntad de Dios*, nos ha dado Alfonso Hernández Catá una nueva colección de narraciones. Y a propósito: ¿qué nombre deberíamos dar en castellano a esas composiciones intermedias entre la novela y el cuento, llamadas por los franceses *nouvelles*? En realidad, conforme al origen de la palabra *novela*, que es un diminutivo italiano, esas serían las verdaderas novelas. A ellas corresponde un ritmo peculiar, una determinada marcha de la elocución y un sentido especial del estilo. Los géneros literarios tienen su metrónomo. Si a la novela larga corresponde la marcha en *adagio*, la corta debe ser llevada en *andante*; el cuento es un *allegro*.

Hernández Catá es especialista en esas composiciones intermedias, que corresponden a lo que en otro orden de trabajos literarios se denomina ensayo. Preside a todas las de ese autor una voluntad trágica. Los elementos de cada una se integran en la distribución clásica: un protagonista en lucha con un medio fuertemente hostil; un antagonista, generalmente colectivo, que se opone a la victoria de la voluntad heroica; un coro, elemento humano y ambiente, cuya alma común no impide ni eclipsa la singularidad inconfundible de cada fisonomía; y, en fin, una fatalidad invisible y divina rigiendo la danza de las cosas, conforme a un ritmo y a una finalidad desconocidos.

Esta nueva colección consta de tres novelas cortas o cuentos largos. El mejor, sin duda, es el primero, *La patria azul*, narración fuertemente dotada de interés y de misterio. Aquí el protagonista, el héroe, no lucha por una empresa noblemente humana, sino por un designio de sangre. Ha querido Hernández Catá en todo ese libro proyectar un reflejo de la luz cárdena y siniestra que el paso de la guerra ha dejado como una estela de sangre sobre el mundo. Y en el carácter de aquel protagonista se concentra todo el áspero retorcimiento de las normas morales, toda la exaltación morbosa de voluntad por las cuales aparecen como lícitas, en nombre de un

ideal particular y egoísta, las mayores truculencias.

El protagonista de *La patria azul* queda envuelto en el misterio de su personalidad nebulosa. Es un espía alemán que se introduce en un barco italiano, en alta mar, para designios que no llegan a ser conocidos, porque la lucha con la irreductibilidad de la tripulación le arroja a incendiar el buque para que con él perezcan todos, a la manera de Sansón. Pero acaso el designio del autor ha sido, principalmente, personalizar el medio en que la breve acción transcurre: la solidaridad fraternal y coherente de la tripulación, el barco como patria, o más ampliamente aún, el mar como patria, la infusión de augusta serenidad que emana de su infinita llanura.

En torno a la figura principal, a ese innominado y genérico espía, divaga una aureola satánica, una coagulación de fuerzas, admirables, a pesar de lo que llamaríamos, retóricamente, su «mala voluntad». Los momentos del brutal suicidio de ese personaje comunican a sus ojos una irradiación de infernal grandeza. Yo lo he comparado, mentalmente, con aquel Capitán Ribnikov, de Alejandro Kuprin, en cuyo espíritu las flexibilidades gatunas del espionaje tienen tan diversa manifestación a través de un humorismo semigrotesco.

Las otras dos narraciones del libro pertenecen a diversa modalidad literaria. Me parece notar en ellas el influjo de las lecturas de Wells. Ambas se han formado en las regiones de Utopía, como pesadillas febriles de campanento. Dice el autor, en unas líneas de prólogo, que así como en otras ocasiones fué el dolor lo que unificó sus narraciones, ahora es el odio el nexo; sangre de Caín ha vivificado sus páginas; y alude a la prostitución que de todas las conquistas de la Ética, de la Química y de la Mecánica ha hecho esta generación. El encaminamiento de la lucha científica hacia el Mal; he aquí, pues, el verdadero asunto interior de esas dos narraciones.

La primera es un fratricidio en nombre de la Humanidad, por una irónica y espeluznante contingencia. Me ha recordado, sin que ello indique la menor con-

comitancia en daño de la perfecta originalidad, aquella escena del *París*, de Zola, en que el abate Froment impide a su hermano, por el superior prestigio de la dulzura, realizar su sueño de exterminio vengador y misantrópico en los fosos de la basílica de Montmartre. El desenlace, en la novelita de Catá, dista mucho de esa taumaturgia franciscana. Aquí, si queréis, ha sido Abel quien ha matado a Caín; pero la terrible anfibología del crimen por bondad nos penetra hondamente; y esa sangre, al abreviar la tierra, no ha dejado un rastro menos ponzoñoso que la de Abel en los días genésicos. ¿No serán nuevamente genésicos estos días nuestros, vagidos de una prehistoria, cuyos frutos lejanos amargarán tal vez a generaciones que har de tardar milenios en aparecer?

La narración que cierra el libro, *El Alerto*, es ya una verdadera novela filosófica. Su premisa utópica es el invento de una transmisión del alma o de sus condiciones capitales, triunfando de la muerte. Se me ocurre también un recuerdo que de seguro no ha influido en Hernández Catá, puesto que el desarrollo de las dos novelitas es absolutamente diverso. Me refiero al *Avatar*, de Teófilo Gautier.

Un cierto Teufelsdröck, acaso descendiente del héroe de Carlyle, ha descubierto el medio de infundir en una persona viva la fugitiva emanación espiritual de un agonizante. Así podrá llegarse un día a integrar en una sola línea, a través de las generaciones, la marcha del progreso, evitando el sempiterno comienzo de la educación en cada individuo. Los cuerpos jóvenes recibirán, entero, el tesoro espiritual que hoy se desvanece encareado en la flaqueza semicorrupta de los cuerpos viejos, y se pultado al fin con ellos, sin dejar otra herencia que la palabra helada en los libros, verdaderos glaciares del pensamiento. Así, sólo morirán los cuerpos, y, en todo caso, la egoísta plasmación de las conciencias individuales; pero aquel tesoro de las conquistas lentamente arrebatadas a lo desconocido, a los dioses, en verdadera lucha trágica, ese no se aniquilará ni mermará en los azares de la transmisión más allá de la muerte.

He aquí, pues, un asunto de tragedia perfectamente caracterizado, y cuyo nombre más adecuado sería el de *Triunfo sobre la Muerte*, o *Triunfo de la Vida*, entendiendo la palabra *Triunfo* en el sentido alegórico de los días petrarquescos. Pero el eterno *Fatum* convierte pronto en *Triunfo de la Muerte* el vago ensueño calenturiento de aquellos dos pequeños Faustos. La infusión de la filosofía en un espíritu vígen, lindante con las bestias, no puede producir otra cosa que el horror al conocimiento; el deslumbramiento por el poderoso raudal de luz insospechada; la fobia de esa aventura insubstancial y espantosa que es la existencia. Sólo por una lenta y trabajosa *mitriditación* contra el veneno de la vida se puede alcanzar a resistirla. El súbito despertar de la conciencia en la materia feliz, inapercibida, de un gañán, equivale a poner a un hombre en presencia de un león hambriento sin darle previamente ningún arma defensiva. Sólo la Filosofía, a modo de vacuna, puede inmunizar contra el virus nefasto de la Filosofía misma.

Aquí el coro (en el cual no falta una especie de Tersites) se convierte en ejecutor de la venganza de los dioses hostiles, celosos de quien tuvo la audacia de acercarse a ellos para recharles la centella sagrada, como un nuevo Prometeo. Y los sabios que quisieron vencer a la Muerte parecen a manos de las turbas, que aullan en torno a cada patíbulo expiatorio de la curiosidad, divina y sacrilega a un tiempo; los mismos que un día atizaron la hoguera de Vanini y otro día apedrearon la locura sublime de Van Claes, el héroe de Balzac.

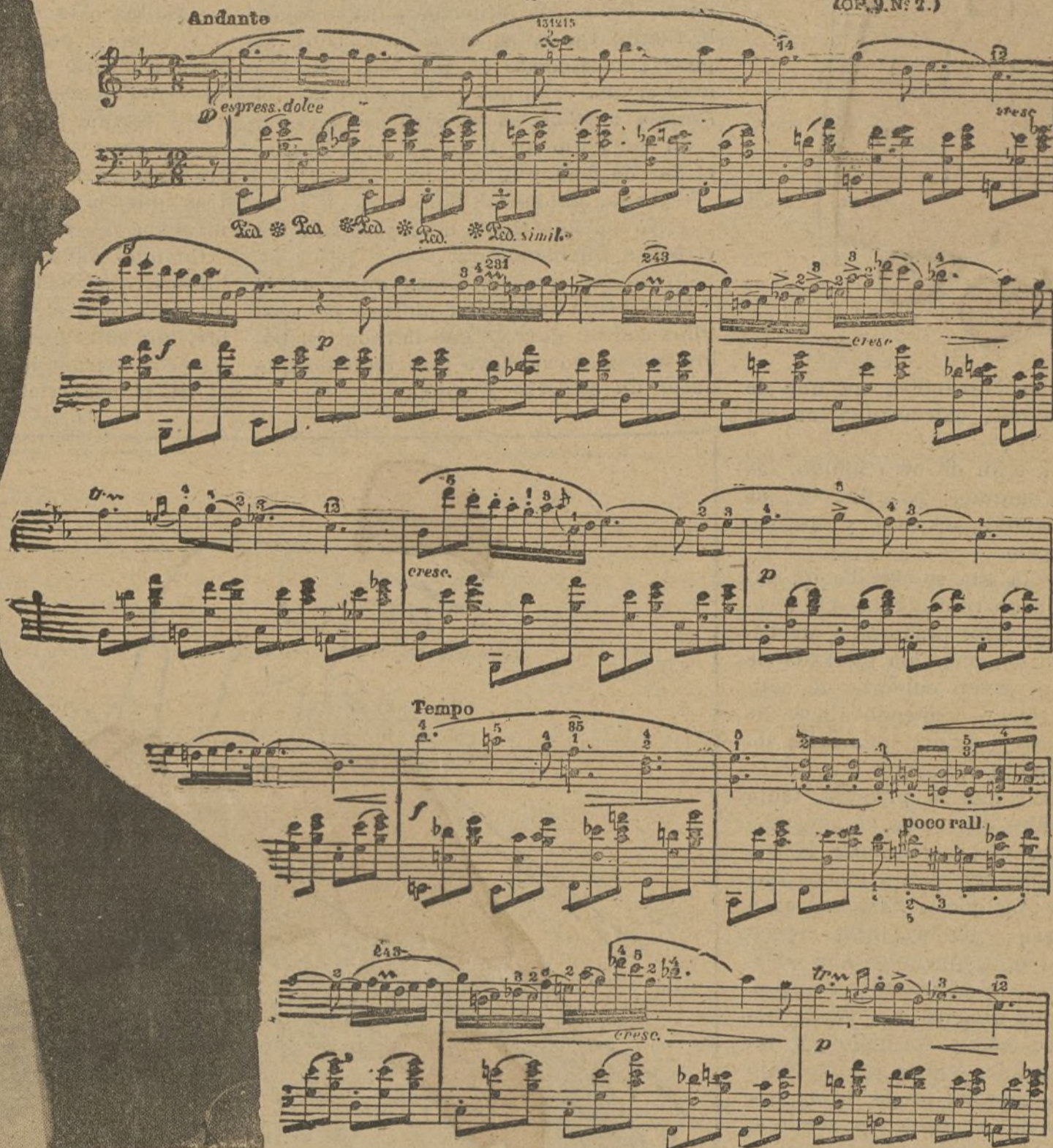
Gabriel ALOMAR

CHOPIN

Revisión por VINCENTY D'INDY.

FR CHOPIN

NOCTURNE EN Mi♭
(Op. 9, N.º 2.)



Una tarde de junio, por un parque de Viena,
Chopin el melancólico paseaba su pena;
esa pena, grillete del artista, imposible
anhelar, un extraño deseo indefinible.
Era un artista cándido, tímido y enfermizo.
Sobre la frente amplia jugueteaba un rizo.
Las manos en la espalda, caída la cabeza—
—en un sueño de arte, de amor y de pereza—,
diríase al mirarle cómo avanzaba lento
por el parque entre rosas, asfodelos y nardos,
un viejo aedo como los legendarios bardos,
o un pensador asido con ansia al pensamiento.

Era en la hora grave del crepúsculo; era
en una bella tarde azul de primavera.
Se incendiaba el ocaso entre nubes de oro.
No lejos salmodiaba un surtidor sonoro.
Bajo la densa fronda la sombra se extendía
rica en matices; cerca, un ruiseñor decía
su canción cristalina.

Suave soplo de viento
como un susurro.

Entre un claro de la fronda
—entreabierto el ramaje— se vió en el firmamento,
aparecer la luna, cuya luz en la onda
—rizada por la brisa de la tarde en el lago—
daba al paisaje encanto indefinible.

Un vago
y musical rumor venía de la fronda.
Y en el bosque profundo, bajo la noche, el mago
de la armonía oía que su musa dictaba
el «Nocturno», el poema que le immortalizaba.



«Nocturno», grave y dulce como una serenata
napolitana bajo una luna de plata.
Vemos, entre el gracioso revuelo de sus notas,
trirremes, Salamina, la costa, el mar, gaviotas...
Vergel de lilas, rosas de Sarón y la lluvia
de primavera sobre la siembra apenas rubia.
Huerto de tamarindos, mirtos y sicomoros,
laureles y guirnaldas, luciérnagas, los oros
del orto y del ocaso. El aura hincha la lona
de las naves romanas.

María. El Nacimiento
de Jesús, y los Magos que se acercan.

La estrella—
que les guía al Cordero que todo lo perdona.
El establo. La Pascua. Epifanía.

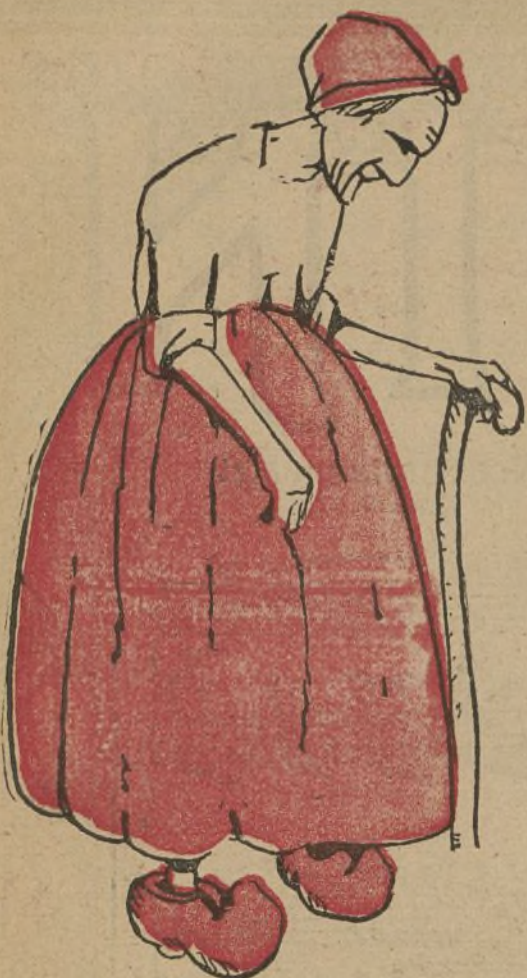
Aliento
bíblico. Palestina. La alborada. La huella
del esquife en el agua.

La alondra de Romeo
y Julieta. Hellesponto. Y Leandro, y la brisa,
y el suspiro, y el tierno balido, y un desec
inefable, y los niños, cuya gracia imprecisa
rima el tierno poema musical de su risa.

Tal el «Nocturno» evoca en las almas sensibles
divinas sensaciones y ansias indefinibles.
Y tal oyó en la noche azul del plenilunio
Chopin el melancólico, en un parque de Viena,
paseando sus sueños bajo un cielo de junio,
meditabundo y grave, sumergido en su pena,
ese dolor, grillete del artista, imposible
anhelar, un extraño deseo indefinible...

Roberto MOLINA

La isla encantada



La isla de las Maravillas era una de las cosas más extraordinarias del mundo.

Allí, los ríos eran de oro líquido; las piedras de los caminos, de brillantes; las hojas de los árboles, de raso, y las frutas, de terciopelo.

En medio de la isla se elevaba un palacio tallado en un rubí gigantesco y rodeado por espléndidos jardines; y en medio del palacio, en una sala tapizada de seda, sobre un diván cubierto de cojines bordados, vivía, comiendo dulces de rosa, la princesa Liliانا, más bella todavía que la isla y el palacio.

Ínútil es decir que la princesa tenía más pretendientes que gotas de agua tiene el mar. Pero ¡ay! llegar hasta la isla de las Maravillas era punto menos que imposible. Las olas que la rodeaban eran tan tumultuosas y había tantos arrecifes, que todo buque que intentaba acercarse se iba irremisiblemente a pique.

Sólo un puente unía la isla con la tierra firme; pero estaba formado por un hilo de oro tan fino, que se rompía bajo el peso de un insecto; luego, como era encantado, volvía a unirse en seguida.

De vez en cuando Liliانا salía de su isla y se daba un paseo por la tierra firme; iba montada en caballo con alas, y cuando alguno de sus adoradores se acercaba, el caballo se elevaba por los aires con su preciosa carga. Un día un pretendiente, más audaz o más ágil que los otros, consiguió alcanzar al fantástico animal; éste quedó inmóvil y cabizbajo, mientras que la princesa decía sonriendo:

—Ya que has vencido a mi caballo te concedo mi mano, con la condición de que me ayudes a apearme.

El otro se apresuró a cogerla en brazos; pero ignoraba que las alhajas de la princesa estaban encantadas, como todo lo que la tocaba; finas y leves sobre su cuello y sus brazos, adquirían para un mortal cualquiera un peso tan tremendo, que el desdichado se desplomó, mientras que el caballo desaparecía con alegre relincho y la princesa soltaba una carcajada cristalina.

En vista de las dificultades que suponía la conquista de la princesa, el número de sus pretendientes fué disminuyendo, y los que quedaban todavía se contentaban con mirarla desde lejos, con tristeza, cuando venía al continente.

Por aquel entonces vivía en un bosque un leñador, llamado Buenaventura, que no sabía nada de nada ni había oído hablar jamás de la isla de las Maravillas ni de su maravillosa habitante.

Un día en que se hallaba muy ocupado cortando leña, según era su oficio, vió a aquella bellísima dama pasar sobre su caballo, y se enamoró de ella de tal

modo, que echó a correr detrás. Pero en el momento en que creyó alcanzarla, un haz de leña saltó de la tierra, ante sus pies, y le hizo caer. Cuando quiso levantarse sintió sobre sus hombros un peso terrible: era el haz de leña que había saltado y se había colocado encima de él. Todos sus esfuerzos para arrojarle fueron vanos; en vista de lo cual, se puso penosamente en pie; entonces vió ante él una vieja que le miraba con una sonrisa burlona en su boca desdentada.

La vieja dió un salto, se colocó sobre el haz de leña y dijo:

—¡Anda, galopa!

—¡No puedo!—gritó desesperadamente el pobre Buenaventura.

—¿Que no puedes? ¡Pues duro, duro! Y la bruja empezó a morderle las costillas con un garrote que llevaba. El pobre muchacho no tuvo más remedio que hacer un esfuerzo y galopar.

Así llegaron a un árbol altísimo que tenía algunas frutas en la cima.

—Tengo hambre—dijo la vieja—; da un buen salto para que pueda alcanzar esas frutas y comérmelas.

—¡Eso sí que es imposible!—gritó el otro.

—¡Saltas o te rompo las costillas.

Y tornó a pegarle con toda su alma. Buenaventura quiso saltar, y apenas consiguió elevarse unos centímetros; la vieja seguía pegando. Volvió a saltar varias veces, y, al fin, alcanzó las altas ramas del árbol y se colgó de ellas, mientras que la vieja, muy tranquila, se atracaba de frutas.

Cuando volvieron al suelo le dió los huesos, que estaban más duros que el mármol; pero el infeliz tenía tanta hambre, que consiguió partírselos con los dientes para extraer las almendras.

Así transcurrieron varios días; pero,

¡cosa singular!, ya el peso que llevaba encima no le parecía tan terrible, ni tan difícil alcanzar la cima del árbol, ni tan duros de partir los huesos de las frutas, que constituían su único alimento. Llegó a no sentir el cansancio, y entonces resolvió utilizar sus fuerzas para desembarazarse de su verdugo.

En un momento en que la vieja le pegaba, por costumbre o por capricho, agarró el garrote y lo lanzó con tal violencia, que palo, vieja y haz de leña desaparecieron por los aires, detrás de una nube gris.

¡Vaya un suspiro de alivio que lanzó el pobre Buenaventura!

En el mismo momento vislumbró a la princesa Liliانا que pasaba sobre su alado corcel, y se precipitó detrás de ella, como la primera vez.

Estaba tan acostumbrado a correr cargado, que, con la espalda libre, alcanzó en seguida al caballo encantado; y tan acostumbrado estaba a saltar, que cuando el animal se elevó por los aires logró colgarse fácilmente de las riendas. El caballo alado descendió a tierra, y quedó inmóvil mientras la princesa decía:

—Ya que has vencido a mi caballo, ayúdame a apearme y te concederé mi mano.

Creía que el peso de sus alhajas agobiaría a su nuevo adorador; pero aquello no era nada para un hombre acostumbrado a llevar sobre su espalda una bruja con un haz de leña. Buenaventura la cogió y la sentó sobre una de sus manos, teniéndola como una pluma; con la otra mano cogió al caballo, y preguntó a la dama adónde tenía que ir.

—Al palacio de mi madrina—contestó Liliانا, asombrada a más no poder.

—¿Dónde vive tu madrina?

—En la isla de las Maravillas.

Buenaventura no vaciló y se acercó al puente del hilo de oro.

—Si el hilo se rompe—dijo—, morimos los tres.

Entonces el caballo agitó las alas, y así llegaron fácilmente a la isla encantada.

Buenaventura quedó maravillado al ver aquel lugar; pero, sin soltar sus cargas, corrió al palacio de rubí. Había una sola puerta; era de bronce y la cerraba un enorme anillo de platino.

—Has de partir este anillo para que se abra la puerta—dijo la princesa—; pero sin soltarnos.

Buenaventura tenía los dientes tan hechos a partir huesos más duros que el mármol, que cogió el anillo con la boca y ¡crac! lo partió; la puerta de bronce se abrió de par en par.

Al entrar, el triunfador vió que su traje de leñador había sido súbitamente reemplazado por una casaca de raso bordado y que se hallaba cubierto de alhajas, según correspondía al futuro esposo de tan excelsa princesa.

La madrina de Liliانا salió a recibirles. ¡Cuál no sería la sorpresa de Buenaventura al reconocer en ella a la bruja que tanto le hizo sufrir y que él había mandado a paseo tras una nube!

—Soy el hada Adversidad—dijo la vieja—, y no soy tan mala como parezco. Ya ves que a mis malos tratos debes la conquista de la dicha y de la fortuna.

Buenaventura y Liliانا se casaron y tuvieron muchos hijos, que fueron muy buenos, valientes y dichosos, porque los padres tuvieron el acierto de confiar su educación a la sabia madrina.

Y todos juntos vivieron largos años de ventura en el palacio encantado de la isla de las Maravillas.

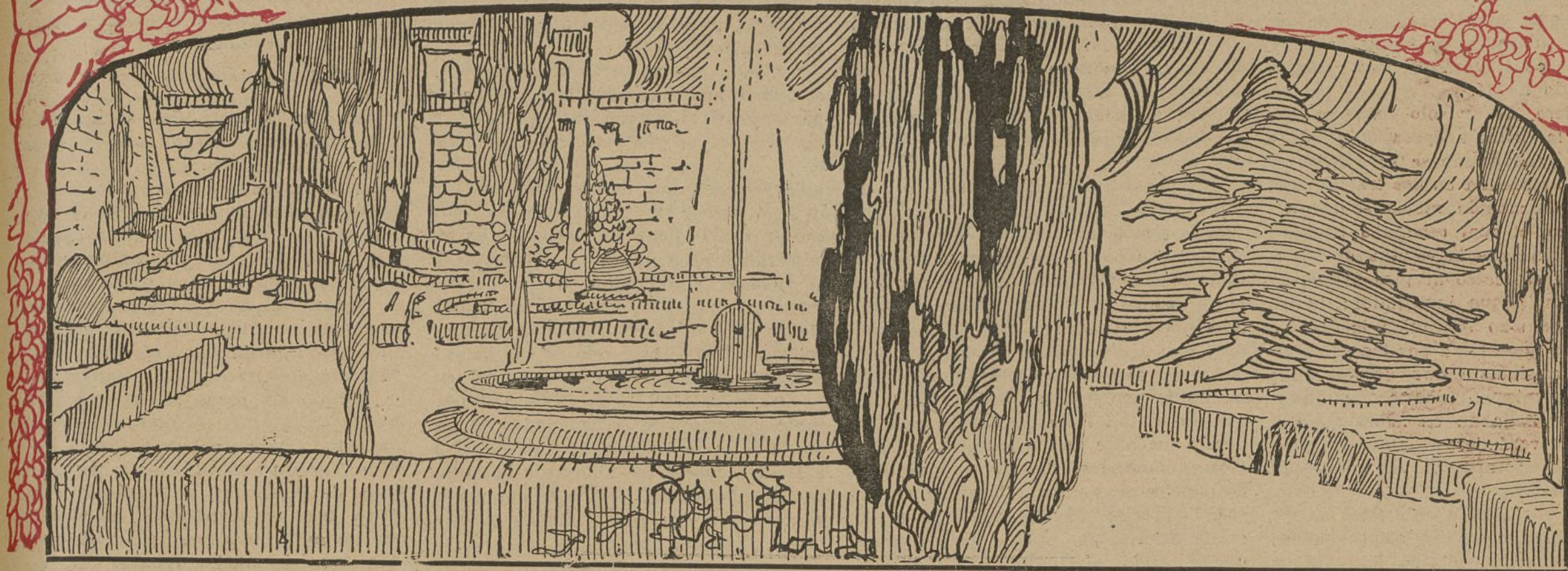
PINOCHO

Dibujos de BARTOLOZZI



ARTE DE MADRID

EL PALACETE DE LA MONCLOA



ARANJUEZ tiene su Casa del Labrador; el Escorial, su Casita de Arriba y su Casita de Abajo; el Pardo, su Casa del Príncipe; pero estas residencias campestres, que son obras del siglo XVIII, en que la afición y la ficción bucólica era una forma de la elegancia y del lujo, no fueron mansiones para habitar, y quedan en la historia del arte español con la única característica y la sola fecha de la época en que se hicieron.

El palacio de la Moncloa, que por su admirable emplazamiento puede recordar las quintas principescas y cardenalescas de la vieja Italia, conserva embellecido, en el transcurso de su historia, el carácter de vieja casa de placer de grande castellano, como otras no numerosas, pero sí todas magníficas, que ya en el siglo XVI, y sobre todo en el XVII, poseían algunas opulentas familias en los alrededores de la corte de las Españas. Este, que al pasar al patrimonio de la Corona se denominó palacio de la Real Florida, distinguiéndose así del palacio viejo de la Moncloa, que es el edificio donde se halla la Escuela de Agricultura, ha venido a ser el único conocido con el nombre de esta espléndida posesión, quedando el de la Florida para designar la parte de alamedas y jardines que abajo, bordeando el camino de Galicia, tenía su entrada por la puerta de San Antonio.

El palacio de la Moncloa, obra del siglo XVII, nos ofrece como su primer recuerdo el de un interesantísimo personaje del reinado de Felipe IV. Fué su poseedor el marqués de Liche, D. Gaspar de Haro, que, siendo el hombre más feo de España, estaba casado con la mujer más hermosa del reino, doña Ana de La Cerda, hija del duque de Medinaceli. El marqués de Liche era hijo del marqués del Carpio, D. Luis de Llano, sobrino a su vez del conde-duque de Olivares, a quien sucedió en la privanza del rey. Y suponía el de Liche que el ser ministro universal de aquella vasta monarquía debía quedar vinculado en su familia, por lo que al ver que no era llamado a la sucesión política de su padre llenó su ánimo de tal impulso de odio contra Felipe IV, que concibió aquel proyecto de colocar unos barriles de pólvora debajo del teatro del Buen Retiro y prenderles fuego durante una de las representaciones a que asistía el rey. Descubierta la conspiración, no pudieron librarse de la muerte los cómplices del marqués, y éste se salvó en memoria de los buenos servicios de su padre. Arrepentido de su intento, sirvió luego leal-

mente al monarca, y murió honrosamente en la batalla de Cunejal, el año 1663, contra los portugueses. Combate en el que, de ciento veinte próceres que entraron en la contienda, a las órdenes de

Cayetana de Silva, entra aquél en la parte más importante de su historia. Porque de las diferentes personalidades que han ido añadiendo sus nombres a los anales de tan bella residencia de placer, ningu-

ta en su ánimo la ilusión de reinar en España, vive, como si en efecto hubiese heredado la corona de los Borbones, en esa residencia regia. Más tarde, cuando la decepción ha llegado para el gran duque de Berg, y es José Bonaparte el nuevo monarca que impone en España el emperador de los franceses, el rey intruso, hombre inteligente y bondadoso, a quien la Historia, lejos ya de todo apasionamiento, hace verdadera justicia, busca también el grato retiro de la Moncloa. La ausencia de Trianon, de la Malmaison y de Bagatelles no deben importar a quien puede disfrutar de tan grato paraje en las inmediaciones de Madrid. Y el rey José, que era guapo, galante, recibiría más de una vez en aquellas estancias a la hermosa condesa de Jaruco, que era la más espléndida rosa del jardín de su corte.

A la vuelta del Descado, el palacio de la Moncloa vuelve a aposentar bajo su techo a las personas reales de la dinastía tradicional. En 1817, el talamo augusta de Fernando VII y de su segunda esposa, Isabel de Braganza, ocupa el lugar mismo que antaño el lecho donde soñaba la duquesa manolésca. De entonces es la decoración del techo de la magnífica antealcoba, en el cual Ribelles pintó las reales cifras con la inicial del esposo, formada por una guirnalda de flores de lis, y la de la esposa, por un hilo de perlas. Y junto al blasón del monarca español se ostentan las quinas de Portugal.

Existe la leyenda de que allí pasaron la noche de bodas doña Isabel II y don Francisco de Asís. Lo más probable es que esa noche estuvieran en el palacio de Madrid; pero la Moncloa fué también residencia favorita de doña Isabel. A partir de la Restauración, el palacete tiene poca historia. Cánovas redactó allí la famosa nota de contestación a Alemania cuando el asunto de las Carolinas. Luego fué convertido el palacete en lugar de veraneo para algunos ministros de Fomento, que dejaron huellas en él de su delicado criterio estético. Finalmente, siendo Canalejas presidente del Congreso, organizó allí unos almuerzos con que obsequiaba a literatos y artistas.

Habría perecido ruinoso ese interesante monumento si no hubiera pasado de la jurisdicción del ministerio de Fomento a la de Instrucción pública, siendo cedido a la Sociedad de Amigos del Arte, que, con una exigua consignación anual, está realizando el milagro, no sólo de salvar de la ruina al palacete, conservándole como merece, sino de restaurarle con



DOÑA MARÍA DEL PILAR TERESA CAYETANA DE SILVA, DUQUESA DE ALBA. —RETRATO DE GOYA

D. Juan José de Austria, sólo quedaron vivos cinco.

Cuando, más de un siglo después, la madre de la duquesa Cayetana adquirió el palacio de la Moncloa, no hizo sino recuperar una parte del patrimonio familiar, ya que el marquesado de Liche, como el del Carpio, como el conde-duque de Olivares, estaban relacionados con la casa ducal de Alba. Al heredar el palacete doña María del Pilar Teresa

na ha dejado el sello de su carácter y la memoria de su paso por sus aposentos y sus jardines como la grande amiga de Francisco el de los Toros.

Muerta la duquesa en 1802, adquirió Carlos IV el palacio de la Moncloa en 1803. Al pasar a ser propiedad del Estado, sirvió, cinco años más tarde, en los días angustiosos de la francesada, como residencia a los primates invasores. En julio de 1808, Murat, que todavía susten-

todo esmero. Como era necesario para la armonía estética del interior sujetarse con preferencia a una época determinada de su historia, ninguna en verdad más característica que la de la duquesa Cayetana. Fuera del oratorio y la pieza contigua, que conservan pinturas del tiempo del marqués de Liche, el resto de la casa conservará su típico carácter del siglo XVIII.

La escalera, de un solo tramo curvo, no es de la primera época del edificio en que la gradería no se veía desde el zaguán, y arrancaba en dos tramos, que desde un descansillo medio se convertían en uno, el cual remataba frontero a la hornacina con la estatua de Baco, que preside el acceso al piso principal. En la antesala que inmediatamente se encuentra ha sido sustituida la decoración tapizada que tenía por las primorosas y curiosísimas vistas de los sitios reales y del mismo palacete que impropiamente se hallaban en la antealcoba, ocultando el verdadero e interesantísimo decorado de este aposento de tan singular importancia.

Pasando por alto la cuidadosa y costosa restauración de los otros salones, con sus hermosas sederías y maderas finísimas, citaremos especialmente la antealcoba y la alcoba, que por fin aparecen tal y como se hallaban en los días de la famosa duquesa. Se trataba de una residencia campestre, y la impresión de pabellón en la selva era la que tenía que dominar en los dos aposentos. Fingese la traza de un pabellón cuyas cortinas recogidas y persianas entreabiertas permiten ver el bosque frondoso. La puerta principal que abre a la saleta anterior es una verja, tras de la cual resplandece la arboleda. Tendiendo la vista por el balcón que se halla a la derecha, se ve cómo el pintor iba copiando el árbol que veía y que todavía se ve en el jardín delante del palacio. Y el trazo rápido y certero, la pincelada amplia y vigorosa, hacen sospechar la mano del divino Goya tanto como recordar en aquel pino el mismo de uno de sus más célebres cartones: «La maja y el embocado».

Otra parte muy interesante del palacio es el comedor, al que impropiamente se le ha dado el nombre de sala de fiestas. Es la pieza de mayor amplitud y elevación, ya que comprende la altura de los dos pisos de la casa, pudiéndose asomar a él por dos tribunas, una de ellas semicircular, que están al nivel del piso principal. Esta pieza, tan bella, ha sufrido revocos y pinturas que la afean, estropeando el efecto que debió presentar su conjunto. Los mediopuntos de la tribuna recta están impropiamente tapados, cuando deben permanecer descubiertos y aéreos como los de la semicircular. Las columnas están ridículamente revocadas, y en el decorado del salón aparecen unos motivos egipcios que desentonan del estilo helénico que se quiso dar a la habitación. En el fondo de ella debe volver a ocupar su sitio la fuente que la alegraba, aumentando su aspecto delicioso de comedor campestre. Y la recomposición de esta sala con muebles y aderezo adecuado para su natural destino no pueden ser obstáculo para que se utilice para fiestas y conferencias, ya que su preparación para estos fines accidentales se hallará siempre con breve facilidad dispuesta.

Cedido también a la Sociedad de Amigos del Arte el jardín que hay detrás del palacio, se procede igualmente con todo primor a su restauración. La mantenería ha sido limpiada y vuelta a su aspecto primitivo. La broza y la maleza que ensuciaban el pensil, pues de un jardín colgante se trata, por su altura sobre el camino de la Florida, han desaparecido ya. Y un pintor ilustre, Wint-huisen, pone todo su espíritu de artista

en el trazado del verjel, que cuida como un cuadro. Los entramados que han de cubrir las plantas trepadoras; el dibujo arquitectónico de los cipreses recortados, cuyo vendor ha de servir de fondo al mármol de las fontanas; la combinación de los colores de los rosales blancos y rojos; el aprovechamiento de la situación de los árboles para el trazado de plazoletas y la discreta colocación de los bancos; el diseño de amables refugios, capillas del reposo, en algunos extremos del jardín...

Pero el jardín no estará completo y carecerá de su encanto mientras no se consiga la cesión de la rampa que sobre él es utilizada por el público para bajar al Caño Gordo. Ese paso, del que, por otra parte, no se le puede privar a nadie, debe hacerse un poco más allá; de manera que la barandilla que hay sobre el pensil no sea, como hasta ahora, el débil límite que separe a este jardín, tan cuidado y tan bello, de la grosería general, que hace de los parajes más hermosos inmundos vertederos, que llena de papeles grasientos y latas de conservas. Es preciso, además, que el pinar que existe delante del palacio le sea igualmente cedido, con lo que, a más del verjel labrado por la mano del artista, tendrá el jardín natural de tupido bosquejo

y la comunicación de ambos a la parte occidental del edificio. Todo el recinto podrá quedar cerrado con una puerta de hierro, al comienzo de la corta calle de árboles que emboca a la plaza donde se alza el palacete; es decir, donde se inicia la vuelta de la carretera que baja hacia la Florida.

Y cuenta que no se trata de crear un apartado lugar de privilegio, ni ha de perder nada el Estado con aumentar estas cesiones, ya que todo ha de redundar en su beneficio, pues encontrará sostenido y embellecido lo que abandonaba y dejaba perder. Y completada la obra con el rebajamiento del suelo, que ha ido enterrando poco a poco el basamento de la fachada; coronándola con la balaustrada que tenía; amueblando las habitaciones con el adecuado atavío de fines del siglo XVIII; haciendo en las habitaciones de la planta baja el museo del traje, y la instalación de alguna importante colección de antigüedades, el palacete de la Moncloa aparecerá redivivo, y Madrid deberá ese milagro a la Sociedad de Amigos del Arte, a la que bastaría esta sola obra para justificar su existencia y su nombre.

Pedro de REPIDE

Ilustración de E. BRAÑEZ.

DE LA HISTORIA CHICA

ARENGAS Y SALUTACIONES OFICIALES

En los relatos de los recientes y dolorosos combates habidos en nuestra zona de Melilla, he echado de menos la transcripción de las arengas que el heroísmo de jefes y oficiales habrá seguramente dirigido a nuestros bravos soldados en los amargos trances en que la traición mora los puso.

Aquellas sencillas y terribles palabras de Vará de Rey en su famosa retirada a Santiago de Cuba: «¡Adelante! ¡Adelante!... ¡Fuego! ¡Fuego!...», pronunciadas una y otra vez, desde una camilla, con voz enronquecida por el más exaltado patriotismo, que les imprimía el espíritu de la más sublime arenga, habrán tenido su eco correspondiente en el campo rifeño, y es lástima que no las conozcamos, porque las arengas no sólo levantan el espíritu de los soldados, sino el del pueblo que los envió a combatir y en ellos confía.

Griegos y romanos con sus arengas enardecieron a sus ejércitos y los llevaron a la victoria.

Se ha dicho que el empleo de las arengas era más frecuente en la antigüedad que hoy, porque entonces el orador y el guerrero se daban a menudo en una misma persona. Es una opinión muy discutible, porque se podría citar a centenares los guerreros que, sin ser oradores, supieron en un momento dado y en pocas palabras—el principal mérito de la arenga—transmitir a sus tropas la noble ambición de la victoria que les animaba.

El día de la batalla de Tesina, Aníbal reanimó a sus tropas con estas palabras:

—El cielo nos anuncia la victoria. A los romanos, y no a nosotros, les toca temblar. Mirad, si no, este campo de batalla: no hay retirada posible para los cobardes; así, pues, todos pereceremos si somos vencidos. ¿Queréis mayor garantía de nuestro triunfo, señal más clara de la protección de los dioses? Ya lo veis: nos han colocado entre la victoria y la muerte!...

En un sangriento combate entre el

ejército de Heraclio y el de los sarracenos, se corrió la noticia de la muerte del general mahometano. Rasi, uno de los capitanes de éste, viendo que sus tropas huían, las increpó así, a gritos:

—No es ahí donde está el enemigo. Os han dicho que ha muerto el general. ¿Qué os importa que esté vivo o muerto? ¡Alá está vivo, os mira y os manda que ataquéis. ¡Atacad!...

El propio capitán enardecido otra vez a sus tropas, que empezaban a desmayar, con estas palabras:

—Ved el cielo. Combatid por Alá, ¡y él os dará la tierra!...

Guillermo el Bastardo, duque de Normandía, llamado al trono por el testamento de Eduardo III, entró en el reino con buen golpe de tropas, quemó sus naves y dijo a sus hombres secamente:

—¡Ahí tenéis vuestra patria!...

Enrique IV, antes de pelear contra los ligeros en las llanuras de Yori, revisó las tropas con su casco rematado por un airón blanco, y las dijo con extraordinario ardor, que les inflamó a todos:

—Hijos: Si las cornetas os faltan, en este airón tenéis la guía que habéis de seguir; ¡lo encontraréis siempre camino de la victoria y del honor!...

En 1683, el duque de Lorena iba a la cabeza de un Cuerpo de ejército, en Hungría, para impedir las horribles devastaciones de turcos y tártaros. En un ataque muy vivo, algunos escuadrones alemanes, que habían sufrido mucho, comenzaban a retirarse en bastante buen orden. El duque corre a ellos y les grita:

—¿Qué es eso, señores! ¿Abandonaréis el honor de las armas del emperador?... ¿Tenéis miedo de esos canallas? ¡Volveos, que ya voy con vosotros a batirlos y aplastarlos!...

En 1695, el sultán Mustafá, al ver que los turcos, rechazados dos veces en un ataque, empezaban a volver la espalda, insultó a uno de sus generales, Sahyn (Halcón) Mohamed, de este modo:

—Bien errado anduvo quien te dió el

nombre, puesto que no te atreves como un fiero halcón a herir a tu enemigo en la cabeza. Grulla debieron llamarte, ¡que no otra cosa eres, sino una grulla que arrastra una bandada de cobardes!

Tan amargo insulto reanimó a los genizaros, que volvieron a atacar y vencieron a los alemanes.



También los discursos de salutación o de bienvenida son difíciles y exigen ingenio y concisión.

Por lo ingenioso y delicado, recuérdase el homenaje del presidente del Parlamento de París ante el recién nacido Duque de Borgoña, que estaba en su cuna. Se limitó a estas palabras:

—Señor: Nosotros venimos a ofrecerles solamente nuestros respetos; nuestros hijos os ofrecerán sus servicios.

Iguamente recuérdase como modelo de ingenio las pocas palabras de Harlay de Chanvallon, arzobispo de París, que salió a recibir a Luis XIV a la puerta de Nuestra Señora, cuando iba a una fiesta de bendición de banderas. Como el rey le había manifestado su deseo de que no se le dirigiese ningún discurso, el prelado se limitó a decirle:

—Señor: me cerráis la boca mientras la abris al júbilo del pueblo.

También la falta de memoria, la cordedad y aun la ingenuidad han dado origen a graciosas anécdotas.

Los diputados de Marsella, al ir a saludar a Enrique IV, queriendo hacer gala de su erudición, comenzaron así:

—Aníbal, al partir de Cartago...

Al oír aquel exordio el rey, que era muy zumbón, replicó en seguida:

—Cuando Aníbal partió de Cartago había comido, y yo voy a comer ahora... Y les cerró la boca.

Como a uno de los tres diputados de los Estados de Bretaña que debían dirigir la palabra al rey se le olvidase lo que tenía pensado decir, otro de ellos se creyó obligado a sacar del atasco a su compañero, y se expresó así:

—Señor: mi abuelo, mi padre y yo, hemos muerto todos en vuestro servicio.

El rey se volvió, diciendo que no entendía los discursos de los muertos.

Cristina de Suecia, al indicarle que manifestase su satisfacción por un discurso de bienvenida que le había aburrido por pesado y largo, contestó:

—Nada más justo. Debo expresarle mi alegría... ¡siquiera porque ha acabado ya!

He aquí una salutación modelo de sencillez y delicadeza campesinas:

El alcalde de Reims, en 1666, saludó a Luis XIV, de paso en aquella sagrada ciudad, ofreciéndole un excelente vino y unas ricas peras, con estas palabras:

—Señor: ofrecemos a Vuestra Majestad nuestro vino, nuestras peras y nuestros corazones: ¡lo mejor que tenemos!

Conmovido el rey, le dió un cariñoso golpecito en la espalda, y no supo contestar mas que:

—Así me gustan a mí los discursos de salutación.

Un pueblo muy famoso por su feria de asnos había diputado a su alcalde para que saludase a su príncipe. Cuando estaba cumpliendo su misión, un cortesano del séquito del príncipe, que hallaba aburrido el discurso, creyó oportuno interrumpirlo con una chuscada, y preguntó al orador cuánto valía un asno en su país.

El orador se cortó, miró de pies a cabeza al importuno interruptor, y le contestó:

—Cuando el asno es de vuestro pelo y de vuestra alzada, vale unos diez escudos...

Y siguió su peroración.

E. GONZALEZ FIOLE

VEJECES DE ESTIO

QUEVEDO EN LA ALDEA

(Párrafos de una carta)

Las novedades de este apartado rincón, semejante a un retiro del mundo, son el tío y las cosas suyas, que sólo se acabarán con la muerte, porque desde muy niño fué de mucho ingenio y otra tanta socarromería, y ya en las puertas de la vejez prosigue con las mismas manías; yo digo que plegue a Dios que sea por otros sesenta años más de los que tiene su merced y que los veamos todos aquí tengan que sacarnos al sol en una espuerta.

Levántase su merced con la primera claridad del día, y en este tiempo de estío sálese por estos campos y es su presencia para las gentes que están en la labor de mucho contentamiento y regocijo.

Con todos tiene que hacer y todos tienen algo que preguntarle en cuanto se les alcanza, pues entienden (y vuesa merced sabe tan bien como yo que no van diseminados) que el tío es lo que llámase un pozo de ciencia. Cierzo que con lo que él desperdicia en charlas y divagaciones sin importancia pudieran muchos hombres pasar por cultos, en el buen sentido de la palabra.

Las consultas campesinas con su merced son por este orden y sobre tales pautas.

Quien que tiene por clave de su vida la clemencia del cielo sobre la fecundidad de la tierra, pídele que le *alce una figura*, para saber el pronóstico del año, y le haga un cálculo de si se dará mejor que se dió en la añada anterior la cosecha de las viñas.

Aquel otro que parece tener la salud comprada con limosnas, según lo poco

que disfruta de ella, pregúntale que será bueno para su alivio.

Tal otro que anda en pleitos sobre una heredad tan mezquina que en media docena de pasos que se den se ha recorrido toda entera, y aun se ha pisado fuera de ella, pídele consejo, porque le pone receloso la parsimonia del letrado que entiende en el asunto.

Don Francisco escucha pacientemente a todos con el mismo gesto socarrón y bondadoso, y les deja satisfechos con sus respuestas.

Al que le pide pronóstico del tiempo respóndele que ello es cosa de muy profundo estudio, que lo mirará con la debida meditación y de allí a un año le responderá con toda certeza.

Al que anda sin gobierno de la salud recomiéndale que si quiere ponerse bien no ha de acudir a ningún doctor, pues es cosa probada que nadie muere del mal que le ataca, sino del médico que le asiste.

Al que se embrolla en pleitos sobre la poquedad de sus tierras, que cuando mucho le incomoda el que otros tengan puestos los ojos en ellas y tema por la codicia curialesca, no tiene más de ponerlas en una esportilla y encerrarlas en la cámara de su casa.

Ríenle las agudezas y tornan al que hacer del campo, que con tanta pertinacia reclama los sudores del hombre, y prosigue el tío senda adelante, hasta que mira esconderse detrás de aquellas lomas las casas del pueblo y la torre de la iglesia.

Torna a cosa de las once, y luego de comerse con muy buen apetito unos torreznillos con huevos, entretiénese con la lectura hasta la hora de comer...

No hay lugar que tanto le plazca las falacias y sinsabores cortesanos como este retiro de su torre. Pienso que no la cedería por los feudos de Osuna y las villas y lugares de la casa de Lerma.

Dice que aquí se encuentra más lejos de los hombres y apartado de las muje-

res, que son la cosa más bellaca y despreciable de la Humanidad.

Todo se le vuelve hacer elogio de esta quietud, y no cesa de decir que muchas urgencias de necesarísima solución tienen que reclamarle al bullicio de la corte para que se determine a dejar la geográfica paz de la aldea.

Ayer, haciendo este mismo elogio, escribió a un su amigo este soneto, del cual, porque quiero bien a vuesa merced, soy gustoso en hacerle partícipe. Dice de esta suerte:

Retirado en la paz de estos desiertos con pocos, pero doctos libros juntos, vivo en conversación con los difuntos y escucho con mis ojos a los muertos.

Si no siempre entendidos, siempre abiertos, o enmiendan o fecundan mis asuntos, y en músicos callados contrapuntos al sueño de la vida hablan despiertos.

Las grandes almas que la Muerte ausenta, de injurias de los años vengadora, libra ¡oh, gran Don José! docta la imprenta.

En fuga irrevocable huye la hora; pero aquella el mejor cálculo cuenta que la lección y gusto nos mejora.

Después de la siesta, cuando el sol va muy alto, es cosa de mucho entretenimiento el seguirle hasta las eras acompañado de toda la chiquillería del lugar.

Hánsale hecho los muchachos tan amigos, que a la misma puerta de la casa vienen a esperarle, y tardes hay que, como no sean de mucho calor o esté enfascado en alguna lectura muy de su agrado, adelanta la hora del paseo.

Echales dinero a la rebatifa, y los chicos mátanse por apañar los cuartos antes de que lleguen al suelo. El tío párase y riase de ello con tantas ganas, que no parece sino que está recordando las bellaqueñas de su *Buscón*; pero no entiende vuesa merced que ello sea en verdad gusto de distraerse con la inocente codicia de los muchachos, sino caridad disfrazada de entretenimiento.

Aquí, como en todo pueblo pequeño, son muchas las necesidades y las mise-

rias de los infelices braceros del campo, que apenas si pueden atender al sustento de su prole, que suele ser numerosa, con la poquedad del salario que ganan; y por esto Don Francisco, cuando bien puede (que tampoco es todos los días, como fuere su deseo), válese de esta inocente estratagema con los niños para que lleven unos cuartos más a sus casas; por lo menos, para la hogaza suelen sacar siempre.

En haciéndose noche, al toque de oraciones toma la vuelta, y a este tiempo le acompañan el vicario y un hidalgo que por aquí anda, llamado Don Gabriel de la Villa.

Despidenle en la misma puerta, que ya no vuelve a trasponer hasta el día siguiente.

En cenando, que es al punto de las nueve, y con tanta frugalidad que más que cena puede llamarse colación, recógese a trabajar o leer hasta más de la una de la noche.

No sé en qué trabajos políticos emplease ahora; pero mucho temo que sean cosa que le den que sentir como antaño.

Por el hallazgo y traslado de este pliego,
Diego SAN JOSE

LECTURAS

Como todos los años, el veterano periodista gaditano Joaquín Querc ha publicado su documentada *Guía para el turista en Cádiz*.

Hemos recibido *La regeneración de España*, estudio político-social de la causa tradicionalista, por Dolores de Gortázar Serrantes.

Las últimas publicaciones de la Biblioteca Plon, de París, son: *Thérèse Aubert*, de Charles Nodier, y *Le Docteur Harnambur*, de S.-H. Rosny.

Las selectas producciones que se impondrán esta temporada por sus finos argumentos, lujosa presentación e irreprochable conjunto pertenecen al

PROGRAMA VERDAGUER

para el que trabajan los mejores artistas del mundo entero.

Sucursal: Plaza del Progreso, 5.—MADRID

Casa central: Rambla de Cataluña, 23.—BARCELONA



FUENCARRAL 6. MADRID.

FOTOGRAFO
TOLEDO 63. MADRID

MANUEL LÓPEZ
FABRICANTE DE MUEBLES

Comedores, despachos, recibimientos, dormitorios, sillerías, tocadores, salones, escritorios de señora, bureaux americanos, clasificadores

Serrano, 17 — Ayala, 60

Nerviosina de T. González De venta en farmacias

Bujía MOLLA

Para automóviles, motos, aviación

ELECTRODOS DE PLATINO

No se engrasa nunca
Se desmonta en todas sus partes.
Todas sus piezas son intercambiables.

DE VENTA EN TODOS LOS GARAGES

Agencia central:	FABRICA:	Distribuidores para España:
A. B. G.	Etablissements MOLLA	Serrero y Revah
Nueva de la Trinidad, 11	5, rue Jean Daudin	99, Paseo de Gracia
MADRID	PARIS	BARCELONA

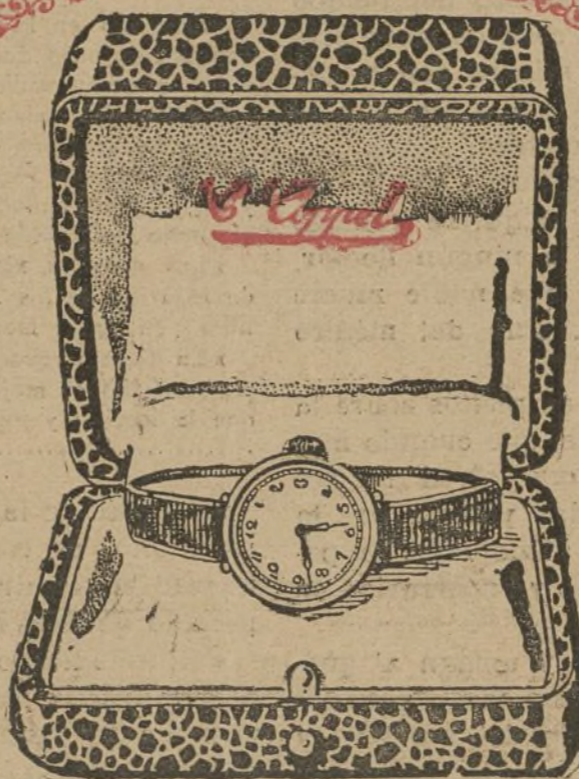
AGUAS del INCIO

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagnères de Bigorre, Pyrmont, etc. Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

= BOVEDA (Lugo) =

Quiosco de EL IMPARCIAL Calle de Alcalá esquina a Barquillo

FÁBRICA DE RELOJES DE **CARLOS COPPEL** FUENCARRAL 27 MADRID



*Exposición
permanente
de Relojes
de Pared*

Nº 1921

Reloj-pulsera de moiré con
broche à presión, en caja de Oroxi.
Oro chapeado: 60 Pts.
El mismo en oro de ley: 100 Pts.

*Remesas
á provincias*
CERTIFICADO DE GARANTIA
CON CADA RELOJ.
Catálogo gratis

GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias :- España.



Vista de la biblioteca del Hotel de París.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones. Las grandes reformas, llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero. Dormitorios de lujo inusitado. — Brasserie en el Hotel. — Orquesta en el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

= D. Manuel del Valle Díaz. =

CALLOS

Si sufre usted de los pies
es porque quiere. Compre
hoy un tarro del patentado

UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se verá us-
ted libre de callos y du-
rezas, juanetes y ojos de
gallo. Pruébalo y quedará
asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. — Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

